



IZCALLI

Silvia Garza T. de González

El dieciochoavo mes indígena llamado Izcalli que significa "He aquí la casa, resurrección o vuelta al calor". Comenzaba el ochavo de enero dándose por terminado el año.

A los 10 días del mes hacían unos tamales de hojas de amaranto muy molido, a esta fiesta la llamaban motlaxquian tota que quiere decir "nuestro padre el fuego tuesta para comer". En ella se hacían la figura del dios del fuego Huehueteotl o Ixcozauhqui. Esta imagen era hecha de raras y vestida con una máscara de mosaico de turquesa con una banda de piedras de chalchihuites (piedritas verdes) atravesándole la cara, le ponían una corona más angosta abajo y más ancha arriba, hecha de plumas de quetzal muy paradas llamada quetzalcomitl, bajo la corona salía una cabellera rubia. Al cuello le ponían un gran collar que le cubría hasta los pies, era hecho este ornamento de tal forma que con el viento se levantaba y todas las plumas brillaban multicolores.

Estaba la estatua sentada en un trono cubierto con la piel de un tigre diseado con cabeza y garras. A media noche encendían el fuego del hogar que estaba enfrente de la estatua y al amanecer del siguiente día venían todos los muchachos con las presas que hubieran hecho en la caza o pesca y se arrojaban al fuego frente al ídolo.

Mientras las mujeres hacían los tamales de amaranto llamados huauhquiltamalli. Los tamales eran llevados ante el dios para ofrecerlos y colocaban una gran cantidad de ellos a un lado de la hoguera, para que cuando los muchachos desfilaban ante la estatua, los sacerdotes les dieran un tamal a cada uno. Estos tamales eran hechos en todas las casas y se convidaban entre parientes y amigos como signo de urbanidad.

Junto con estos tamales se acostumbraba comer caldo de acociles llamado chalmulmulli, el cual se comía muy caliente. Se tenía la costumbre de no quemar las hojas de maíz con que se hacían los tamales sino se arrojaban en el agua. Terminada la comida las personas mayores bebían pulque

y cantaban en la casa del barrio o calpulco donde estaba la estatua, esto duraba hasta la media noche.

A los 20 días del mismo mes se repetía la fiesta pero con algunas variantes: la estatua era hecha igual sólo que la máscara era de mosaicos de concha que llamaban tapachtli y estaba cruzada por dos bandas de piedras negras, una llamada teotetl (azabache) y la otra llamada tezacpochtli (pirita?). La corona tenía además de las plumas de quetzal, plumas negras. Del cuello le colgaba hasta los pies una pieza hecha con plumas de papagayo.

Esta estatua era llamada Milintoc y estaba sentada en su trono, a ella le ofrecían unas como empanadas que hacían con harina de maíz que revolvián con agua caliente para hacer masa y les ponían frijoles enteros, tenían la obligación de llevar cinco empanadas al ídolo y ponerlos a sus pies. Los muchachos hacían las mismas dadas de caza y les daban su empanada, cuando estas se terminaban así como las piezas de caza, los sacerdotes pedían pulque del llamado tlachique y bebían hasta la media noche pero no se emborrachaban.

Terminado este mes hay cinco días que no están dedicados a ningún dios y por eso se llamaban nemontemi, que quiere decir que están por demás aciagos, durante éstos no se podía osar hacer nada ni siquiera barrer la casa. Los nacidos en estos días quedaban marcados toda su vida con el calificativo de que no servían para nada, no eran nada y todo lo malo provendría de ellos. Si durante estos días alguien se caía, tropezaba, o peleaba se le pronosticaba que siempre le sucedería. Pero si enfermaba ya no sanaría además de que nadie le daría medicina o curación alguna.

Sólo cada cuatro años, cuando ya estaba cercana la fiesta los que podían compraban esclavos, los adquirían y debían bañarlos todos los días con agua caliente, por eso eran llamados teatlani que significa bañadores. Les daban comidas abundantes muy delicadas y sabrosas para engordar a los esclavos, se les trataban muy bien al grado de darles una mujer

pública para que los tuviera contentos y los acompañara en todo momento y no estuvieran tristes. Se les vestían con ropas iguales del dios Ixcozauhqui; los esclavos con sus amos se paseaban por el pueblo para que todo el vecindario viera que los amos eran muy poderosos y devotos, ya que esto podía redundar en mayor riqueza en el futuro.

El último día del mes, al amanecer llevaban a los sacrificados al templo con todas sus pertenencias y los papeles, vistiéndolos con ellos, después descendían del templo ya vestidos como el dios. Y eran llevados al capulco donde les quitaban el traje de papel y los guardaban en sus casas.

Durante esa noche nadie dormía, a la media noche les cortaban el cabello y les ponían un emplasto en la cabeza con plumas blancas. También les quemaban sus pertenencias personales a los que iban a ser sacrificados, aunque algunos les regalaban a sus parientes.



Al despuntar el día, se vestía a los sacrificados con las ropas de papel, los llevaban en procesión al templo donde danzarían y cantarían hasta el mediodía, en ese momento bajaba del templo un sacerdote vestido como el dios Painal "que era el portavoz de la guerra" descendía del templo, pasaba por delante de los que serían sacrificados y subía al templo seguido de los cautivos y los esclavos comprados para el sacri-

ficio.

Primero se le daba muerte a los cautivos y luego a los esclavos. Habiendo muerto todos, los señores se engalanaban con unas coronas de papel como medias mitras, llevaban una nariguera pequeña de papel azul, orejeras de mosaico de turquesa y sus ropas estaban pintadas de azul con curiosas flores, el taparrabo tenía una banda negra en los extremos. Al cuello llevaban una figura de perro hecha de papel y pintada con flores, en la mano derecha empuñaba uno como machete de madera pintado de rojo y blanco y en la mano izquierda una bolsa de papel con copal.

Estos señores que eran los principales, hacían una danza que principaba en la parte superior del templo y después terminaba en el palacio real.

En este mismo día se perforaban los lóbulos de los niños y niñas que habían nacido en los tres años anteriores, la perforación se hacía con un punzón de hueso y después se le ensartaban plumones de papagayo y una resina llamada ocotzotl, para esta ceremonia los padres de los infantes buscaban padrinos y madrinas, terminado esto se iban a su casa a comer con los padrinos y todos juntos cantaban y bailaban. Al mediodía los padrinos y ahijados llevaban pulque en jarros y principiaba la fiesta llamada borrachera de los pequeños, ya que ellos también bebían pulque en pequeñas tazas, la fiesta continuaba en las casas y en los patios de los padres de los infantes y todos bebían invitándose a los vecinos.

También en este mes había otra ceremonia, que consistía en levantar a los niños por la cabeza apretándoles las sienas para que crecieran, por esto la fiesta se llamaba izcalli que quiere decir crecimiento.

Sahagún, Fray Bernardino de 1956 Historia general de las cosas de la Nueva España. Editorial Porrúa, SA, México.

Molina, Fray Alonso de 1970 Vocabulario en lengua castellana y mexicana, y mexicana y castellana. Editorial Porrúa, SA, México.

El Tzompantli

Antrop. física Isabel Garza Gómez

Posiblemente, uno de los rituales relacionados con el sacrificio humano que más impresionó a los conquistadores españoles, haya sido el Tzompantli o lugar de cráneos. Por su ubicación dentro de los recintos ceremoniales, se deduce que tuvo un papel relevante en la concepción mítica re-

ligiosa de las culturas prehispánicas.

Las fuentes históricas que hacen referencia al Tzompantli, coinciden generalmente en su descripción. Durán (1967:85), menciona que eran unos postes de madera tan altos como grandes árboles, unidos por una serie de varas delgadas como lanzas, en

las cuales se ensartaban, a la altura de las sienas, cráneos humanos. Los cráneos pertenecían a esclavos o prisioneros de guerra sacrificados. Explica también que concluido el sacrificio, el cuerpo era rodado hacia abajo por la escalinata del templo. Después de comer la carne, entregaban únicamente la calavera a los

sacerdotes para que formara parte del Tzompantli. El dueño del indio se llevaba el resto de los huesos con el fin de exhibirlos en el patio de su casa como trofeos de sus hazañas y grandezas.

Los cráneos permanecían en el Tzompantli hasta que se caían a pedazos, o se rompían cuando cambiaban los palos. En ocasio-

(viene de la página once)

nes los sacerdotes quitaban algunos debido a que no había lugar para colocar los de los recientemente sacrificados o de los que iban a serlo.

En cuanto al número de cráneos que había en el Tzompantli, Durán habla de 80 mil. Otros cronistas del Siglo XVI, elevan la cifra hasta 136 mil y varios más no mencionan una cantidad exacta, pero señalan que era un número muy elevado e incontable.

Al referirse Sahagún al centro ceremonial de la gran Tenochtitlan, indica que existían siete edificios Tzompantli. Cada uno de ellos dedicado a diferentes deidades, por lo que los cráneos exhibidos en cada una de sus estructuras correspondían a las personas sacrificadas en su honor.

De acuerdo a la festividad religiosa que se celebraba, los sacrificios humanos para abastecer los Tzompantlis tenían diferentes características. Entre ellas podemos mencionar la fiesta en honor de Mixcoatl, celebrada en el décimo cuarto mes, que consistía en una reunión en la que tlatoles y tenochcas hacían saetas en el patio del templo de Huitzilopochtli, para ir de cacería al cerro de Zacatepec. Al finalizar la cacería regresaban y mataban a una gran cantidad de esclavos y prisioneros de ambos sexos. Las

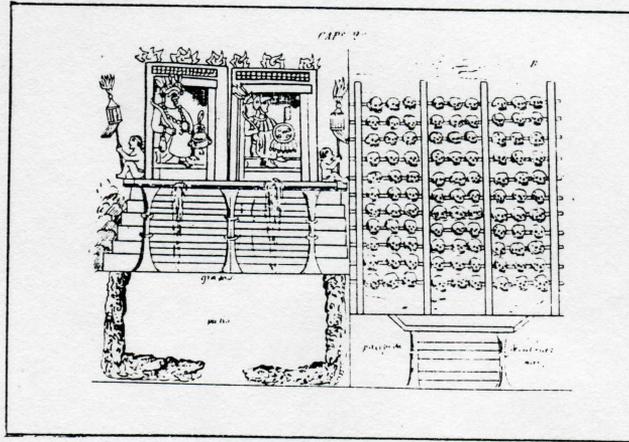


Ilustración tomada del Atlas de Fray Diego de Durán.

mujeres eran sacrificadas antes que los hombres en un templo distinto. Concluido el sacrificio de hombres y mujeres, rodaban los cuerpos hacia abajo por las escaleras del altar. Posteriormente les cortaban las cabezas para ensartarlas en el Tzompantli del sexto edificio llamado Mixcoápan.

En el quinto mes, honraban a Tezcatlipoca, considerado como el "Dios de dioses". En esta fiesta

mataban a un joven mancebo elegido un año antes, que no tuviera defecto físico. Durante este año el joven era tratado con toda clase de atenciones, debido a que era el representante de dios. Al término del tiempo señalado era sacrificado pero a diferencia de los otros sacrificados en la misma ceremonia, su cuerpo era bajado cuidadosamente al patio del altar, donde le cortaban la cabeza para colocarla en el Tzompantli del

templo correspondiente. Son numerosos los sitios descritos sobre sacrificios humanos relacionados con el Tzompantli. Sin embargo, se considera que los descritos con anterioridad, ejemplifican adecuadamente la forma en que se llevaban a cabo.

El descubrimiento arqueológico de conjuntos de cráneos ubicados cerca de templos prehispánicos, perforados a la altura de las sienes y la manera en que se encontraban colocados, en las zonas de Chichen Itza, Yucatán, Tula, Hidalgo y Tlaxiaco, DF, verifican la información proporcionada por los cronistas del Siglo XVI, en lo que se refiere a la existencia del Tzompantli en territorio mexicano antes de la llegada de los españoles.

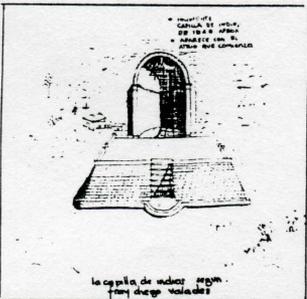
Bibliografía

- 1) Durán, Fray Diego, Historia de los Indios de la Nueva España. T. II, Atlas Editorial Nacional, 1967, México.
- 2) Matos, M. Eduardo. "El Tzompantli en América". Sociedad Mexicana de Antropología. Religión en Mesoamérica. XII Mesa Redonda. 1972, México.
3. Sahagún, Fray Bernardino. Historia de las cosas de la Nueva España. T. I. Editorial Porrúa, 1956, México.

Utopía y capilla de indios

Rafael Gutiérrez

La arquitectura colonial religiosa en el estado de Morelos muestra diversas etapas constructivas y en cada etapa una tipología con variados ejemplos: capillas abiertas o de indios, capillas abiertas ampliadas, capillas cerradas al frente dejando la capilla abierta como ábside, templos cerrados con retablos barrocos, templos cerrados con altares laterales y cipreses neoclásico; todas ellas en sitios abandonados o en poblaciones.



En cada etapa encontramos un periodo de formación, otro de estabilización y definición de una tipología y finalmente un periodo de desintegración que prepara el siguiente:

Al revisar las fuentes históricas del Siglo XVI: coloquios, catecismos, crónicas, descripciones y relaciones de los frailes que muestran un desarrollo social conjunto entre las religiones y liturgias prehispánica y cristiana, encontramos elementos indicativos de que la arquitectura también refleja, de forma semejante a las fuentes escritas, acontecimientos que dan forma a la histo-

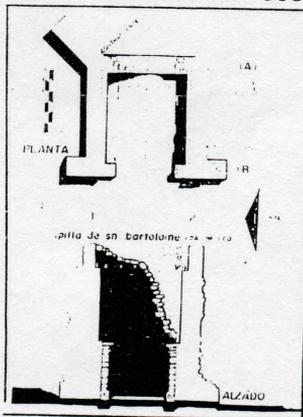
ria colonial regional.

La historia de la región tiene dos periodos significativos. El primero va de la llegada de los franciscanos a Cuernavaca en 1525 hasta el secuestro del Marquesado del Valle en 1576; éste es el periodo de las fundaciones monacales de la reutilización del sistema tributario por parte de los españoles y de la hegemonía de los frailes; la necesidad de explotar las nuevas tierras y el Concilio de Trento provocan la crisis en la Nueva España y el fin de este periodo. El segundo periodo va del momento en que numerosos pueblos son reducidos en cabeceiras para dejar las tierras en manos de las haciendas hasta época reciente cuando el Vaticano II vino a remover las viejas estructuras eclesiásticas. El último cuarto del siglo XVI, marca un periodo de transición entre un proyecto utopista reutilitario de las estructuras antiguas y nuevas mientras se ensayan diversas industrias en el actual estado de Morelos y el arranque de la industrialización regional mediante la producción del azúcar.

Ambos periodos conforman lo que queremos llamar PROYECTOS DE SOCIEDAD COLONIAL. El primero tiene fuertes remanentes feudales del monacismo europeo y de las sociedades agrarias surgidas alrededor de los conventos; en estas estructuras se inscriben los pensamientos utopistas de los conventos; en estas estructuras se inscriben los pensamientos utopistas de Moro, Erasmo, Vives y los grupos cristianos que buscan una vuelta a los principios evangélicos y la práctica de las primeras comunidades cristianas, entremezcladas, aparecen las inquietudes huma-

nistas surgidas en los centros de educación y en las iglesias regionales, a causa de la descomposición que sufre el cristianismo europeo.

La aparición de tierras americanas en el escenario del mundo ofrece un campo de experimentación para ensayar un nuevo tipo de cristiano: una iglesia regional americana a la manera de las iglesias europeas: africana, árabe, mozárabe, española, copta, gala, bizantina, romana, etcétera, pero sin los ingredientes que propician la descomposición de dichas iglesias. El ensayo hace florecer un PROYECTO UTO-



PISTA MEDICANTE DE SOCIEDAD COLONIAL que tiene como objetivo la formación de la Iglesia Americana a la manera de la primitiva iglesia cristiana, compuesta por los principios evangélicos, que tantas polémicas ha despertado en el viejo continente, y las ricas expresiones de la litur-

gia prehispánica; tal como había sucedido en los principios del cristianismo cuando la vieja festividad greco-romana del sol invictus' apadrina las festividades del Natalicio de Cristo, de la misma manera, también, en la región, el "desollado xipe" parece apadrinar al desollado apóstol San Bartolomé. La magnificencia de los rituales prehispánicos producen fuerte impacto en los frailes, cuyo interés se ve reflejado en sus crónicas.

Cuando volvemos la vista hacia las construcciones encontramos que la arquitectura que dio abrigo a los frailes, muestra las inquietudes sociales de las catequesis de la evangelización y la práctica religiosa de los neocristianos. Se trata de un espacio de usos múltiples para el proceso de evangelización encaminadas todas para la formación de la iglesia regional; un pequeño espacio cubierto reúne las condiciones para la celebración del pan, y que se ha dado en llamar capilla abierta, capilla de indios o capilla primitiva. Asumiendo el término capilla de indios y su gran espacio abierto como una tipología propia de un proyecto de sociedad colonial, de integración cultural para crear una iglesia americana, trato de explicar este periodo de la historia regional, como un proyecto utopista de Iglesia.

La construcción de la capilla fue apresurada utilizando restos de las antiguas construcciones religiosas y sobre los basamentos principales de la vieja arquitectura; el espíritu evangélico mediante la tradición ceremonial prehispánica, reactivan la actividad religiosa mientras se levantan los conventos con los

(viene de la página doce)

productos de la tributación. La capilla de indios interludia el espacio abierto y el convento en forma integral.

El antiguo sistema tributario fue reutilizado alrededor de 5 cabeceras: Oaxtepec, Yacapixtla, Yautepec, Cuernavaca y Tepoztlán, entre los productos de la tributación se encontraron los materiales de construcción para los conventos, como las canteras de Xantetelco fueron utilizadas para los conventos de Yecapixtla, Oaxtepec, Zacualpan, mientras el

servicio personal indígena aportó grandes cantidades de mano de obra.

La capilla de indios y el antiguo ceremonial de los pobladores ponen en práctica la vida comunitaria que explica parcialmente las dimensiones de los conventos así como el carácter hospitalario de los pueblos de Morelos, hecho que persistió hasta la década de los sesentas de este siglo, cuando las comunidades sufren una fuerte penetración cultural con práctica cerradas mientras desarrollan el individualismo,

incluido el constructivo, se integra al internacionalismo dirigido por los intereses del capital y su cultura de uso y desecho.

BIBLIOGRAFIA

1986 SAIHAGUN, Fr. Bernardino de, y A. Valeriano, A. Vegerano, M. Jacobita y A. Leonardo. *Coloquios y Doctrina Cristiana*. Ed. UNAM.

1979 *Códice florentino*; cap. XI Editorial Giunti Barbera, supervisión del AGN, México.

1985 ACUÑA, René. *Relación de las*

cuatro villas, en *Relaciones Geográficas del siglo XVI*. Ed. UNAM México.

1982. Kubler, George.- *Arquitectura Mexicana del siglo XVI*. Editorial FCE

1970 GERHARD, P. *A guide to the Historical Geography of New Spain Latin-american Studies 14*. Cambridge U. Press. USA.

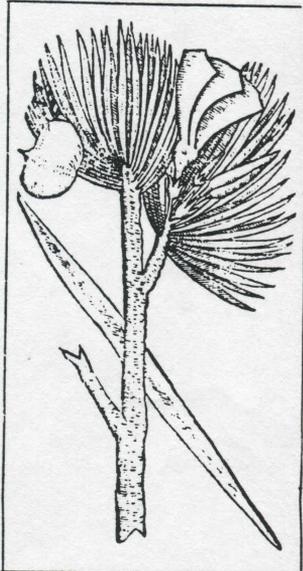
1967 DURAN, Diego. *OP. Historia de los Indios de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*. Ed. Nacional SRL. México.

Del yoyotli o cascabel

CAPITULO LXXIX

Del YOYOTLI o cascabel

Es un árbol de mediano tamaño que da fruto parecido a una nuez verde (del que hacen unos cascabeles rústicos de dos ángulos y de forma tan rara y extraña, que si no diera su imagen apenas podría describirlos con palabras, de los cuales se llenan todos cuando ejecutan sus danzas sagradas, y de donde le viene al árbol el nombre, pues YOYOTLI quiere decir



YOYOTLI

y con hojas más largas y más angostas, y otra de fruto menor y hojas más cortas y más anchas. Es amargo, y caliente y seco en tercer grado. El moello del fruto cura las úlceras cancerosas. Su jugo cura instilado la sordera, limpia las úlceras y quita la sarna y los empeines. Dicen algunos que su cocimiento untado quita los puntos que acompañan a veces las fiebres ardientes, y que las hojas machacadas y aplicadas calman el dolor de dientes y disipan las hinchazones. Nace en los montes de regiones cálidas, como es Colima y florece en septiembre. Algunos lo llaman tzinacantlácuil.

T. peruviana tiene una distribución más amplia, se reporta desde San Luis Potosí, Veracruz, Yucatán,

(pasa a la página catorce)

Proyecto Etnobotánico
Macrina Fuentes Mata

En la colección de plantas útiles del Jardín Etnobotánico del Centro Regional de Morelos INAH crece un árbol de singular hermosura, es una de las varias especies que tienen tradición y son originarias de las varias especies que tienen tradición y son originarias de México y además, ha sido reportada y colectada en el estado de Morelos, hablaremos hoy del "Ayoyote".

den a las envolturas (huesos) de numerosas semillas; semillas secas, de forma más o menos triangular, varía el tamaño, el más grande mide cuatro centímetros de ancho por cinco centímetros de largo, cada "cascabel" ha sido trabajado por la mano del hombre, haciendo en cada una de las semillas un corte, que probablemente ayude a transmitir su sonido especial, además, un oficio que servirá para incertarlas en un hilo, formando, una o varias cadenas.



Quien no ha tenido la oportunidad de ver a los danzantes (mejor conocidos como "Concheros"), que con sus atuendos y sus instrumentos musicales (sin ser muchos), son tocados, emitiendo sonidos tan característicos que inmediatamente nos hacen relacionarlos con los danzantes.

El hombre en su constante lucha por satisfacer sus requerimientos, siempre ha tenido una estrecha relación con la naturaleza, aprovechando de ella su gran diversidad, seleccionando, ya sea: minerales, animales o plantas que utiliza para cubrir cualquier que sea su necesidad.

Dentro de su atuendo hay un rudimentario "instrumento" formado por un conjunto de "cascabeles" que se coloca en cada uno de los tobillos que al danzar al ritmo de la música, se provoca un choque entre ellos, dando origen a un tenue sonido que sirve de fondo musical.

Estos "cascabeles" correspon-

Las semillas provienen de árboles silvestres que desde el punto de vista botánico pertenecen al género *Thevetia* de semejanzas *T. peruviana* y *T. thevetioides*.

Estas especies tienen hojas brillantes largas y delgadas con flores grandes (7 centímetros aproximadamente), agrupadas en los extremos de las ramas, de color amarillo fuerte que las hacen muy vistosas, sus frutos son un drupa (similar a la forma de un durazno) de color verde brillante.

Distingue a estas especies, la presencia de numerosos pelos, finos y suaves en el envés de la hoja (hojas pubescentes) en *T. thevetioides*, según Standley (1920-1926: 1151).

En cuanto a la especie *T. thevetioides* el mismo autor, hace referencia a la sinonimia con *T. yecotli* que en las obras de Hernández (1959: 417), nos menciona lo siguiente:

CASCABEL), flor amarilla y grande, ramas de un verde descolorido o leonadas, y hojas como de rododendro pero más angostas. Hay dos variedades de estos árboles, una que da fruto mayor



(viene de la página trece)

Chiapas, Guerrero, Florida, Centro y Sud América.

La distribución para la especie *T. thevetioides* es desde Michoacán a Tamaulipas, Veracruz, Oaxaca y Guerrero. Nativa de México, Florece desde marzo a agosto. Las semillas son venenosas, pero se le atribuyen también propiedades curativas. A veces se cultiva como ornamental. Varias especies

más de *Thevetia* existen en México, Rzendowski y M. Equihua (1987: 54). Por lo que consideramos que los diferentes tamaños de "cascabeles" probablemente se deba a la utilización de semillas de diferentes especies de éste género.

Los "cascabeles", son vendidos por cientos en los mercados principales, para utilizarse en los atuendos de los festivales infan-

tiles para las danzas religiosas.

Otros nombres con que se conoce a *T. thevetioides* son: "Codo de fraile" (Hidalgo); "yucuca" (Oaxaca), "fraile" (Guanajuato), "cabrito" (Jalisco), "narciso amarillo" (Morelos); "calaveritas" (Oaxaca); "Tzinacanytlacuatl", "yoyote" o "yoyotl" (del náhuatl *yoyotli*); "joyote", "joyota". Standley (op. cit.)

Hernández, F. 1956. Obras completas II. Historia natural de la Nueva España I. UNAM pp. 417

Rzendowski, J. I. M. Equihua. 1987. Atlas Cultural de México. Flora. SEP-INAH-Planeta. Inst. de Ecología. pp. 54

Standley, PC 1920-1926. Trees and shrubs of Mexico. Contr. US. Nat-herb. 23:417.

Huitzilac destrucción de nuestro patrimonio

Por Arq. Juan Antonio Siller

El templo de San Juan Bautista en Huitzilac, Morelos, ha sido nuevamente alterado, sobre el remate de la portada original llamado IMAFRONTE, fue retirada la cruz de piedra que mucho tiempo sirvió de composición a la fachada principal para colocar sobre este lugar un nuevo reloj de cuatro carátulas, que altera la composición original y crea un nuevo elemento totalmente ajeno al carácter iconográfico y estilístico de este monumento histórico de la nación y que forma parte de nuestro patrimonio cultural.

Este trabajo al igual que los anteriores, han sido promovidos por el párroco de la localidad, quien ha venido alterando y destruyendo sistemáticamente el in-

mueble, los pisos fueron cambiados de madera propios de estas antiguas construcciones, además de la identidad que guardaban con la comunidad de Huitzilac, dedicada al trabajo de la madera y carpintería. Era lógico que además de estas consideraciones antropológicas, estéticas e históricas se restaurara y reintegrara el piso original de madera, pero esta consideración no fue tomada en cuenta, se colocó en su lugar un piso de mármol de otro lugar, que no tiene nada que ver con la identidad y cultura del sitio, ni con las características ambientales de un lugar frío y de montaña en el cual resultaría mejor un piso de madera, que se adecúa a este medio ambiente.

Los lambrines fueron también sustituidos por mármol y el inte-

rior quedó finalmente convertido en un muestrario de materiales.

Los retablos barrocos dorados, también fueron deteriorados al pintarlos con pintura de esmalte rosa con los pisos y lambrines negros, verdes y otros colores, quedaron como en alguna ocasión mencionara sarcásticamente Carlos Monsiváis como el más puro "estilo charroco", finalmente es lamentable esta pérdida irreparable.

El patio colindante al templo al sur, muestra una decoración de esculturas y otros elementos decorativos, eclécticos y de muy mala calidad plástica, que no se integran con el contexto propio de la arquitectura colonial de Morelos, parecería más bien uno de estos lugares de venta de cantera y fuentes en la carretera de Que-

rétaro o Guanajuato.

La portada principal fue alterada también al retirarse los aplandados y pintura originales, que servían de recubrimiento a los muros, dejando estos pelados y expuestos al deterioro de la lluvia y erosión del viento. En los nichos que se han venido colocando esculturas, desproporcionadas y sin ninguna relación iconográfica con el templo o la advocación del lugar. Esta incomprensión y desconocimiento ha llevado a una constante destrucción del inmueble de gran valor estético e histórico para los habitantes de Huitzilac, que desafortunadamente han sido mal orientados y el gran esfuero y entusiasmo por su patrimonio los está llevando a destruirlo inconscientemente, ojalá que exista una reflexión.

Lugares que deben visitarse:

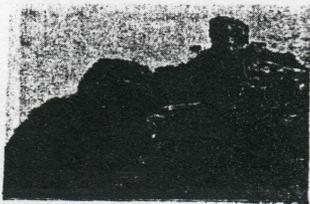
Tlayacapan

Víctor Manuel Martínez.

A siete kilómetros al noroeste de Oaxtepec -lugar que ya dimos a conocer en estas páginas, en agosto de 1934- se halla Tlayacapan, lugar que es interesante conocer como sitio pintoresco del estado de Morelos.

Partiendo por el costado occidental de hospital en tiempo de la colonia fundara el español Bernardino Alvarez en lo que fue el

barranca de Cuahuatlaco, de tajos imponentes y abundante cascada que en la época lluviosa vierte su caudal en la enorme poza que allí se ha formado, derramando finalmente por la barranca para perderse en las fil-



traciones del extenso pedregal.

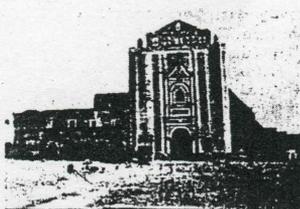
Una amplia y aseada plaza es lo primero que el visitante encuentra al llegar a Tlayacapan. En el costado norte está la casa municipal instalada de la mejor manera en una recia casona; al sur y poniente, los principales comercios del lugar, teniendo en el centro de la plazuela un amplio mercado de pilares que sostienen el rojo tejado, y hacia el costado oriental, la muralla almenada que encierra el viejo convento agustino de este interesante lugar.



TLAYACAPAN

No concurda la fachada de la iglesia, reconstruida en parte el año de 1896, con el aspecto añoso del resto del edificio. Atendidos con toda gentileza por caracterizados vecinos y el encargado del convento, nos damos a recorrerlo hasta el último rincón, admirando el severo trabajo de los frailes agustinos, constructores de este edificio de aspecto de fortaleza.

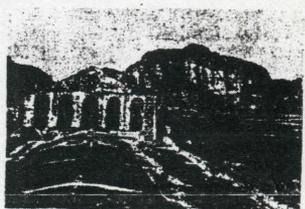
Admirable es la construcción de dos aljibes para el almacenamiento de las aguas, llovedizas, existentes en las huertas del convento: sus bóvedas decoradas con sencillas pinturas, tienen acceso por una angosta entrada que comunica con la escalinata que per-



mite llegar hasta el nivel del líquido almacenado; son interesantes los brocales de estos aljibes por el estilo tan peculiar en que están contruidos. Una bien cuidada huerta rodea estos curiosos vertederos del agua proveniente de las lluvias.

El claustro bajo, con sus corredores decorados al fresco, no luce en todo lo que vale, por la incultura de quienes han cubierto con

gruesas capas de cal tan importantes y bellas pinturas. Es más: en los lugares en que los frescos están al descubierto pueden verse los daños incalculables que la piqueta ha causado al clavetear los muros para mayor afianzamiento de las capas de cal aplicadas a las paredes.



El claustro alto tiene ocasionado el mismo daño que el bajo: en muchos lugares se notan bellas pinturas murales recubiertas con espesas capas de cal en las que aparecen vulgares figuras pintadas con carbón, que sólo indican el paso de las huestes de la incultura en los aciagos días de la revuelta suriana. Recios muros forman una bella arquería de aspecto sobrio, que es lo que hace los dos claustros.

Celdas y dependencias todas de esta magna factura de los frailes agustinos presentan ese aspecto de desolación más completa: la obra destructora de los años no ha pasado inútilmente en esta construcción, toda edificada de piedra, digna de mejor cuidado a fin de obtener su conservación para que la admiren propios y extraños.



viejo reinado de los tlahuicas, pronto tendremos a la vista la exuberante vegetación de las huertas tropicales que rodean a Oaxtepec. De allí en adelante el camino pierde algo de su atractivo por lo pedregoso del terreno, pero se compensa ampliamente por las buenas perspectivas que en el trayecto se obtienen; a lo lejos, en el noreste, los volcanes del Valle de México se ven en su majestuosa grandeza; hacia el noroeste, la fantástica serranía en la que a primera vista se destacan los cerros de El Sombrerito, Zoapapalotl, Coatzin y Tepozoc.

Aproximadamente a la mitad de la distancia que separa Oaxtepec de Tlayacapan, se interpone a un lado del camino la profunda